

INSERCIÓN.

MANUAL

DE MEDICINA PRACTICÁ,

FUNDADA EN LA EXPERIENCIA DE CINCUENTA AÑOS,

POR CRIST. GUILLERMO HUFELAND.



El instinto que mueve al hombre á consolar á sus hermanos cuando padecen, dió principio á la medicina, y esta misma idea debe guiar siempre á todos los que la profesan, á fin de que el arte permanezca puro y noble, y redunde en bien del que lo ejerce y de todo el género humano.

Vivir para los demás y no para sí, es el norte de un buen médico, y á semejante objeto final y supremo, que es el de dar á todos la vida y la salud, debe sacrificar el facultativo no sólo el reposo, las ventajas personales y las comodidades, sino también la salud y la existencia, y en caso necesario su propio honor y reputación.

De aquí se deduce que la medicina es un arte sublime y divino, por cuanto sus obligaciones se derivan de las leyes más santas de la religión y de la filantropía, y porque exige de los que la profesan, una completa abnegación de sí mismos, y que sepan elevarse sobre los cálculos mezquinos del común de los hombres. Solo el que sea eminentemente moral, merecerá el dictado de *médico* en la verdadera acepción de la palabra, porque solo él hallará la felicidad en el ejercicio de su profesión, sintiendo dentro de su alma un impulso que le encamina á un fin muy elevado, haciéndole superior á la vida y á sus penas y satisfacciones. Ennoblecen el entendimiento, sacrificar el egoísmo por el interés general y con la esperanza de otra mejor vida, y derramar el bien por todas partes, es lo que el hombre debe proponerse en este mundo; y ¿qué otra profesión es más propia para conseguirlo que la de la ciencia de curar, la cual no sólo le

ofrece á cada instante ocasi3n de poner en pr3ctica las virtudes, sino que le obliga á ejercitarlas como inseparables de ella, y con entera abstracci3n de su persona y utilidad?

Es evidente pues que los deberes del verdadero m3dico se hallan en perfecta armonía con sus mismos principios y convicciones, de las cuales puede decirse que dimanan espontáneamente; de manera que hace con alegría lo que exige su deber, y en esta uni3n de su conducta con su voluntad estriba su verdadera dicha. ¡Desgraciado del que sólo anhele alcanzar gloria ó bienes de fortuna! porque siempre estar3 en contradicci3n consigo mismo y con sus obligaciones, ver3 frustradas sus esperanzas, no podr3 alcanzar el objeto de sus deseos, y llegar3 á maldecir de una profesi3n que cree no proporciona el premio debido á sus fatigas, por equivocarse en la recompensa que á ellas corresponde.

Estas reflexiones, aunque breves, abrazan toda la moral y lo que se llama la *política* de los m3dicos; voz muy impropia, porque en ninguna materia se adquiere mejor que en la medicina la convicci3n de que la buena política consiste en obrar siempre, como debe hacerlo un hombre honrado y racional. Sacaré de aquí como regla que ha de servir de base á la conducta del m3dico, que *debe dirigir todas las acciones de manera que se encaminen al fin supremo de la profesi3n, que es conservar la vida de nuestros semejantes, restablecer su salud y aliviar sus penalidades.* ✓ Si el m3dico tiene siempre presente este precepto, no se apartar3 del buen sendero, y le servir3 de guía segura en todos los casos, por difciles y complicados que parezcan.

Segun estos principios, pas3mos á examinar con alguna especialidad las diversas relaciones del facultativo con los dem3s individuos de la sociedad, y hallaremos que las tiene en primer lugar con los enfermos, en segundo con el p3blico y en tercero con sus compaÑeros de profesi3n.

I.

CONDUCTA DEL MEDICO CON LOS ENFERMOS.

Cuando el facultativo ejerce su arte, no ha de ver m3s que al *hombre* enfermo, sin hacer distinción entre ricos y pobres, entre grandes y pequeÑos: debe merecer su preferencia el que padezca m3s y el que corra m3s peligro, cualquiera que sea su condici3n. Lástima tengo de los m3dicos que calculan la importancia de un enfermo por su clase ó fortuna, pues no conocen ni pueden conocer la mejor recompensa que ofrece la medicina. ¡Qué vale en verdad un puñado de oro, comparado con las lágrimas de reconocimiento que asoman á los ojos del pobre, el cual se nos obliga por entero y se constituye nuestro eterno deudor,

precisamente porque nada puede decirnos ni darnos; al paso que el rico cree desquitarse de lo que nos debe, con el dinero, y no piensa cuán indispensable es que su dádiva reciba otro valor yendo acompañada de la gratitud, pues faltando esta, los servicios del facultativo entrarían en la clase de los mercenarios que pudiera prestarle el más humilde artesano? ¡Cuántas veces es el médico el único amigo que tiene el desvalido, cuando yace en el lecho del dolor! Entonces le parece un ángel consolador, sus cuidados compasivos le vuelven la esperanza ya perdida, y su arte hace correr por sus venas una nueva vida.

Si existe algún facultativo capaz de no hallar la recompensa correspondiente en estos nobles sentimientos; ó de figurarse al menos que el visitar á los pobres no reporta otra ventaja, tenga entendido que la voz del pobre á quien se arranca del sepulcro, es mucho más enérgica y expresiva que la del rico, el cual con pagar al médico, cree haber comprado el derecho de mostrarse ingrato y de envilecer los beneficios que de él recibe.

En todo lo que se refiere al arte, debe el profesor ser muy atento, exacto y concienzudo, y lejos de obrar con lijereza, ha de pesar sus acciones, y no emprender cosa alguna sin haberla reflexionado con madurez. Nunca ha de mirar al enfermo como medio, sino como fin: jamás debe considerarle sólo como objeto para experimentar lo que puede hacer el arte, sino atender á que en calidad de hombre es la obra más acabada de la naturaleza. Es cierto que rara vez comparece el facultativo ante los tribunales ordinarios, porque después de cometido un desacierto, ya no puede averiguarse el conjunto de sus circunstancias; pero hay otro tribunal mucho más terrible que lo espera dentro de su propia conciencia, el cual sin admitir excusas ni pretextos, sigue los trámites del juicio, aunque no se presente acusador, y sólo absuelve al alma pura, inocente y convencida de no haber omitido cosa alguna para salvar al enfermo; y si acaso la experiencia le demostrase en lo sucesivo que en alguna ocasión pudo haber obrado mejor, lo sentirá como es natural, aunque conservando la conciencia tranquila, porque hizo entonces cuanto estaba en su mano hacer. Pero si se descuida de sus obligaciones, ó si obra contra ellas, ya sea por lijereza ó por negligencia, ya por consideraciones personales, ya también por espíritu de sistema ó de experimento (cosa que al más habil puede suceder), guárdese y huya de sí mismo, porque el juez interior no sabe callar, y mueve los remordimientos para su eterno y merecido castigo.

Para la práctica de la medicina no bastan ciertamente la ciencia y la habilidad; es preciso además que el profesor tenga buena conducta, pues con esta calidad se recomienda al público, dándose á conocer y ganando su confianza, porque como la sociedad no puede graduar su saber, debe necesariamente juzgarle por su comportamiento. Así vemos que un médico de media-

nas luces llega á adquirir mucha reputación por su porte circunspecto, al paso que otro más docto, aunque menos prudente nunca sale de la oscuridad. Por consecuencia el exterior del facultativo no es un punto indiferente, sino que debe corresponder á la gravedad de su arte y al importante papel que desempeña. Es necesario que el médico sepa inspirar confianza, ser afable con dignidad, fino sin afectación, y jovial sin degenerar en chocarrero: ha de mostrarse serio, cuando el caso exige que sus palabras tengan mucho peso; complaciente y fácil en las cosas insignificantes, y firme en llevar á cabo las resoluciones de importancia: debe ser compasivo y afectuoso, respetando siempre la religión y los consuelos que de ellas emanan. Huya de ser desabrido por hablar poco; pero huya más de ser charlatán ó novelero: su obligación es dedicarse por entero al enfermo y examinarle de manera que ninguna circunstancia se le escape, ni en él ni en las personas que le rodean. No ha de andar ni erguido ni desmazelado, y si no ha de vestir como un petimetre, tampoco ha de caer en el extremo del desaseo, sino que en todo ha de guardar un buen medio. Evitará con particularidad manifestarse colérico ó apasionado, porque sólo con la calma y circunspección puede inspirar confianza á las gentes. En esto se equivocan mucho los principiantes, y en especial los de nuestros días, cuando procuran llamar la atención del público, ora siguiendo la moda en el vestir, ora queriendo singularizarse con paradojas en su facultad, ora también entregándose sin rebozo al charlatanismo. Hay gran distancia entre hacer que hablen mucho de uno, y ganarse la confianza general, pues lo uno suele excluir á lo otro, y de poco sirve lo primero sin lo segundo para prosperar. No hay duda que el profesor que pretenda llamar la atención, podrá ser algún tiempo el objeto de todas las conversaciones, y atraerse la gente; pero también es cierto que no tardará en disiparse el encanto de la novedad, y que el meteoro desaparecerá, mientras el hombre de talento que se encamina á su fin con modestia y dignidad, aun cuando le cueste darse á conocer, no deja nunca de trabajar en establecer eficazmente su suerte futura, porque va ganando poco á poco la confianza y la amistad de las personas que saben apreciar al verdadero mérito.

Una de las obligaciones más importantes, y por desgracia la que más descuidan los facultativos jóvenes, es la de *llevar un diario exacto de los enfermos que visitan*. Cuando calmado el bullicio del día, el silencio de la noche le meditación, debe el médico destinar algunas horas á sus clientes, y apuntar con esmero las particularidades más notables de sus dolencias, los cambios que han tenido, y las observaciones hechas sobre su origen y curación, reflexionando con todo espacio sobre la materia. No quisiera que dejasen pasar una sola noche sin hacer semejante examen, para dispensar este nuevo servicio á los enfermos, y coronar la obra de su jornada. En aquellos momentos de so-

tedad se les presentarán mil circunstancias de otra manera que las vieron poco antes, y concebirán muchas y buenas ideas que no les habían ocurrido en medio de las distracciones y del bullicio. Entonces es cuando despierta de su sueño la vida interior (la reflexión), y percibe la importancia y pormenores de los objetos, porque únicamente las ideas que insinúan dentro de nosotros y nos ocupan casi sin saberlo, son las que realmente nos apropiamos; y sólo cuando llega el hombre á penetrarse de este modo de un asunto, puede prometerse adelantar y hacer nuevas investigaciones. Preguntaban un día á Newton, ¿cómo había llegado á ser tan admirables descubrimientos? y se contentó con responder, que *pensando siempre*; expresión sencilla y que nada deja que desear. No constituye el mérito del artista la ejecución de una obra, por buena que sea, sino el pensamiento que en ella se revela: lo mismo diremos de nuestra facultad; para que sea buena una curación, es precisó que el médico la invente, no que la copie de otros.

Por esto no puede dejar de considerarse la recopilación diaria que he indicado, como una circunstancia indispensable para ser grande en la práctica y en el arte en general; y en apoyo de mi opinión citaré el ejemplo de un Boerhaave, de un Hoffmann, de un Stoll y de un Lentin, los cuales se dedicaron constantemente á aquel trabajo, encomiando sobremanera su utilidad. Tiene además la gran ventaja de proporcionarnos una colección de hechos completos cuyos pormenores hemos estudiado por nosotros mismos, y puede llamarse con razón un tesoro de experiencia propia lleno de instrucción, porque nos permite comparar los cambios sucesivos de nuestras opiniones y de nuestros métodos de curar. Por último es trabajo muy útil á los enfermos, por cuanto nos suministra el medio de formar un cuadro exacto y completo del estado de su salud, de las dolencias que sucesivamente les han afligido, y de los medicamentos que las han aliviado ó desvanecido.

También debo hacer algunas observaciones sobre el *modo de asistir á los enfermos*. ¿Cuándo dejará de mirarse como una visita la presencia del médico, y de calcular su celo por el número de veces que ve al paciente? La cabeza no puede ir tan de prisa como las piernas, según decía muy bien Zimmermann, y ver frecuentemente á un enfermo sólo con los ojos corporales, suele contribuir poco á curarle, porque no es más que un tributo de cortesía que hacemos á su clase. La visita debe hacerse con sosiego y recogimiento, y no ha de ser muy corta: el físico debe estar allí con cuerpo y alma, aplicando todas sus facultades al examen y estudio del enfermo. Tal es el modo de hacer visitas útiles al uno y al otro, pues cuando el profesor inculca así al paciente la convicción del interés que le inspira, gana en primer lugar su confianza, y en segundo establece con él cierta relación, que los magnetizadores llaman *perfecta*: la inteligencia se pone

también en aquel estado que es el único que nos permite fácilmente individualizar el mal, penetrando en su esencia; nos enseña los auxilios que la naturaleza reclama del arte, y nos sugiere nuevas ideas que dimanar inmediatamente de la enfermedad. Una sola de estas visitas vale más que muchas de las que regularmente hacen los facultativos. Aun pueden darse casos en que las afecciones crónicas, en que el ver con sobrada frecuencia al enfermo, como degenera ya en costumbre, nos quita la seguridad del ojo médico, y acaba por confundir nuestras ideas: más de una vez he reconocido que dejando de visitar á un enfermo algunos días, llegaba á verle después con otros ojos, y observaba fenómenos que antes se me habían escapado enteramente. Sin embargo de lo dicho, como hay algunos profesores jóvenes que por delicadeza escasean sobrado las visitas, me parece oportuno recordarles que lo mismo se peca por exceso que por defecto, y que en general el ver muchas veces al paciente, es el primer requisito para ganar su confianza y para adquirir un conocimiento exacto de sus males: solo a consejo que se evite el repetir las visitas mucho sin necesidad, para no sobresaltar inútilmente al enfermo, ni hacer sospechar que tenemos miras interesadas.

La obligación y el mérito del médico no consisten solamente en curar á los enfermos, sino en *prolongar su vida ó hacerla más soportable* en las dolencias incurables. ¡Cuán criminales son aquellos que por estar desesperanzados de poder sanar al paciente, le abandonan ó le descuidan, permaneciendo expectadores pasivos de sus dolencias! Es cierto que entonces puede disminuirse el interés del profesor en calidad de facultativo; pero como hombre debe tenerlo mayor para redoblar su celo. No puede negarse que el infeliz que padece sin esperanza, tiene más derecho á nuestra compasión que las personas á quienes consuela la perspectiva de un restablecimiento más ó menos pronto; y es una buena acción, una verdadera obra de caridad que agradece todo corazón sensible, prolongar la vida y alimentar un resto de esperanza que jamás se apaga en el pecho del más desgraciado, dándole todo el alivio que se pueda, ya que no sea posible darle la salud. Por otra parte nuestros alcances son demasiado cortos para asegurar con confianza en ningún caso, que no puede curarse una enfermedad, y aún miro como regla importante y necesaria *no perder nunca del todo el aliento ni la esperanza*, porque esta disposición del ánimo sugiere nuevas ideas, abre á la inteligencia caminos desconocidos, y quizá hace asequible lo que parecía no serlo. El que nada espera, deja de pensar, cae en la apatía, y el enfermo debe forzosamente sucumbir, porque ha muerto el que debiera socorrerle. Aún en la misma agonía no debemos abandonar á los pacientes, pues no es pequeño beneficio suavizarles el último trance de la vida.

Conservar pues la existencia del género humano y prolongarla todo lo posible, es el fin supremo de la medicina. Todos los médicos

han jurado no ejecutar cosa alguna capaz de abreviar los días de sus prójimos; y este precepto es de tal importancia, que nadie puede separarse de él sin exponerse á causar las mayores desgracias. Pero ¿se ha comprendido bien toda su latitud, ó se guarda acaso con la debida escrupulosidad? Cuando una persona sufre el peso atroz de un mal incurable que le obliga á desear morir cuanto antes, ó cuando los efectos de un embarazo ponen en peligro á una mujer, el buen médico podrá vacilar sobre si le es permitido, ó si quizá está obligado á librar á aquel infeliz del cúmulo de sus miserias, ó de sacrificar en el otro caso la vida del hijo á la de su madre; pero que se guarde de dar rienda á semejantes raciocinios, por plausibles que parezcan, porque no dejan de ser muy falsos, y cualquier acción que de ellos dimanara, sería en extremo criminal y merecería un severo castigo. La obligación especial del facultativo es *conservar la vida*: que esta sea una fortuna ó una desgracia, que tenga ó no alicientes, son cuestiones que de ningún modo le importan; y si las tomase en cuenta para dirigir su conducta, las consecuencias serían incalculables, y llegaría á hacerse el individuo más peligroso para la sociedad, porque salvada una vez la valla de sus atribuciones, y persuadido del derecho que tiene de fallar sobre la necesidad de la existencia de sus semejantes, no le falta más que un paso para extender á otras aplicaciones más graves la atroz idea del poco aprecio que puede tener la vida de un hombre.

La vida puede abreviarse no sólo con las acciones; sino también con las palabras y las demostraciones del médico, quien puede hacerse, sin quererlo, responsable de los resultados. Por consecuencia es deber suyo muy importante seguir una conducta prudente, evitando por todos medios el abatir ó desanimar á los enfermos. Nunca ha de decir ni hacer cosa alguna que tienda á incomodar y empeorar el estado del que se entrega en sus manos; y tanto sus expresiones como sus gestos deben ser vivificadores, por decirlo así, pues el enfermo le mira como un juez que va á pronunciar sobre la vida ó la muerte, y expía este fallo en sus palabras y en todas sus acciones. ¿No es cierto que el temor de la muerte, la ansiedad y el espanto son los venenos más activos, y que paralizan inmediatamente la fuerza vital, al paso que el valor y la esperanza reaniman más que ningún medicamento, y aún podemos decir que estos no obran con eficacia sin la cooperación de aquellos agentes morales? El facultativo pues debe animar al paciente, pintar con bellos colores su situación, disimular el peligro y mostrar más serenidad; cuando más grave se presente, y para evitar toda sospecha de lijereza ó de ignorancia, puede revelar la verdad á los parientes, recargando el cuadro de su relación, si acaso les encuentra fríos y descuidados. Vemos según esto, cuán culpable es la conducta de aquellos que no tienen reparo en descubrir al mismo enfermo el peligro en que se halla, y aún en anunciarle la muerte, y cuán mal hacen los

parientes en desear que el médico se encargue de semejante comisión. Nadie tiene derecho para imponérsela, y jamás debe aceptarla, porque anunciar la muerte, es darla en realidad, y no puede ser este el oficio de un hombre que está destinado á dar la vida. Aunque el mismo enfermo desee que se le diga la verdad bajo pretexto de arreglar sus negocios ó por cualquier otro motivo, jamás se le debe notificar que está próximo el término de sus días; y tengo noticia de dos casos en que excelentes profesores fueron causa del suicidio de los enfermos, á quienes revelaron que su enfermedad era incurable, condescendiendo con sus importunaciones.

El médico debe tener valor para arriesgar no solamente la vida, sino lo que vale más, la *gloria* y la *reputación*, cuando los días del enfermo están en peligro. Llegamos á hablar de un caso, el más arduo sin duda de la práctica, porque es fácil que un falso puntillo de honra estravíe al profesor de la verdadera senda que ha de seguir, si no procura atenerse estrictamente á los principios de una moral rígida y pura. Conoce muchas veces que sólo hay un medio de salvar al paciente, aunque este medio es no sólo incierto sino arriesgado, y si sale mal, está en el orden que el público le impute la desgracia. Si guiado por un cálculo erróneo hace caso de esta circunstancia, preferirá que perezca el enfermo á pasar por su asesino, y de consiguiente jamás querrá ensayar lo que tal vez le salvaría la vida. Pero el médico de probidad no debe atender más que á la salud del enfermo, conociendo que si se trata sólo de poner á buen recaudo su crédito, obrará como un egoísta, y violará la ley más santa de la medicina; mientras que obedeciendo á las órdenes de la conciencia sin curarse de lo que puede ocurrir, no vacilará en hacer uso del único remedio que le queda, por más que se halle expuesto á contingencias. De esta suerte tendrá la satisfacción de ver que el buen éxito corona su noble conducta, ó en el caso contrario, la de haber sacrificado al deber su más caro tesoro, cual es el honor; y cuando más le desprecien los demás hombres, más elevado se sentirá interiormente, porque la conciencia le recompensará mucho más que pudieran hacerlo las distinciones de la sociedad. En general siempre que el facultativo emprenda una curación, toma á su cargo al doliente, exponiéndose al juicio desacertado é injusto del público, y como este no suele fundar sus fallos sino con el éxito final, el cual está fuera de nuestros alcances, no deben ser indiferentes. Si preguntamos á los médicos más famosos, nos dirán que las curas menos felices son las que han puesto más á prueba su talento, las que les han costado más trabajo, y las que les han dado más realce á sus propios ojos. La única cosa que depende de nosotros mismos en medicina, es la convicción de haber cumplido fielmente con nuestro deber, y esto basta, pues nadie es capaz de arrebatar nos esta recompensa,

que por cierto es tan superior á la injusticia del vulgo, como la vida de la inteligencia lo es respecto de la exterior.

Una de las circunstancias que contribuyen más que los mismos males á hacer difícil la práctica del arte de curar, es el diferente modo de ver que tienen los hombres, pues las preocupaciones que tanto influyen en todos los juicios, el grado de ilustración, el temperamento, el carácter y mil otras circunstancias impiden con frecuencia hacer el bien. De aquí se sigue que el médico debe estudiar al hombre con el mayor cuidado; y ¿quién, por poco apto que sea, no llegará á conocerle, ejerciendo una profesión que tantas ocasiones le ofrece? Este talento unido al tacto y á la prudencia son los dotes que dirigen al facultativo, y le llevan á buen puerto, salvándole de todos los escollos. Será imposible, y también superfluo, dar reglas sobre este punto, porque aprovecharían muy poco al que las necesitara: por lo mismo me contentaré con enumerar las principales categorías en que pueden clasificarse los enfermos; y son los pusilánimes, los indolentes, los que tienen fe en la medicina y los que carecen de ella, los dóciles, los crédulos, los taciturnos, los habladores, los imaginarios y los semi-médicos. Los más impertinentes son sin duda los que pertenecen á las dos últimas clases, porque nunca dicen lo que sienten, y no se contentan con recibir un buen consejo, sino que quieren averiguar las razones que lo han dictado, y á veces se empeñan en modificar los medicamentos que se les prescriben. A estos tales se hace preciso imponerles el precepto de someterse ciegamente á lo que se les ordena, y de no pensar siquiera en la enfermedad, porque esta idea es más aflictiva que el mismo mal.

El *arte de recetar* es muy importante, y merece ciertamente más atención de la que generalmente se le dispensa, porque es el último resultado del examen que el facultativo ha hecho, y el único documento que queda de su saber, tanto que llega á tener autoridad en justicia. Y ¡cuánto no puede influir en la suerte del enfermo y en la reputación del profesor la menor lijereza y la más pequeña falta! Creo pues que nunca se tendrá bastante cuidado en las recetas; y aconsejo á los jóvenes que *las lean siempre después de haberlas escrito*.

Jamás deben dejarse en manos de un enfermo remedios peligrosos, ó al menos en cantidad que pueda comprometer su existencia. Causa horror el ver en sus habitaciones botellitas que contienen media ó una onza de opio, y todas las desgracias que sucedan, deben recaer justamente en el facultativo.

Ningún médico que se respete á sí mismo, ha de vender remedios secretos, ni permitir que otro los dé á sus enfermos, porque ¿cómo podrá juzgar de la acción de una sustancia que no conoce?

Es también necesario preferir los medicamentos *de poco coste* á los más caros, y los *indígenas* á los exóticos, si no lo re-

pugna el estado morboſo. El diſimular los gastos, ó al menos el no aumentarlos ſin neceſidad, contribuyen á alijerar el mal cuya curación ſe ha emprendido, y es obligación de todo ciudadano ahorrar al Estado los impuestos que ſe pagan al extranjero. Sería además una crueldad no poner eſte cuidado, cuando ſe trata de gentes de poca fortuna, pues para darles la vida, les privaríamos de los escasos medios que tienen de conſervarla.

En eſte punto creemos que el médico puede ſer el mayor bienhechor de un enfermo, ſi tiene conſideración á ſus facultades pecuniarias con la correſpondiente delicadeza. No hablo ahora de los pobres propiamente llamados, ſobre los cuales vela el Estado ó la caridad pública, ſino de otra claſe mucho más digna de láſtima, que ſi tiene medios para ſubvenir á ſus neceſidades cuando goza de ſalud, experimenta todos los horrores de la miſeria al instante que ſe preſentan las enfermedades; en ſuma, hablo de los verdaderos necesitados y que no quieren parecerlo, de los pobres vergonzantes. El facultativo es la única perſona que los conoce, y nadie mejor que él puede aliviar ſus penas ſin darlo á entender. Para que ſirva de ejemplo, indicaré un medio de diſminuir los gastos de la cura, ſin manifeſtar que aſiſtimos gratuitamente al enfermo, ni que le colocamos en la claſe de los indigentes; tal es el de arreglarnos con un farmacéutico, capaz de hacer eſte ſacrificio, para que no exija ſino el coſte de todas las recetas que lleven cierta contraſeña, pues aſí ſe ahorrará al paciente una tercera parte ó una mitad de los gastos, y ſe podrá ſocorrer al menesteroſo ſin ofender ſu amor propio, lo cual es un acto ſublime de beneficencia. ¡Por cuán afortunado ha de tenerſe el médico, pues ſu profesión le proporciona hacer el bien de manera que el mismo necesitado no ſabe de dónde le viene, y lo recibe como una dádiva del cielo!

II.

CONDUCTA DEL MEDICO PARA CON EL PUBLICO.

Para ninguno tiene tanta importancia la *opinión de las gentes* como para el médico, pues el *hombre del pueblo* en toda la extensión de la palabra, y el voto de éſte decide realmente de ſu ſuerte: por tanto nunca debe depreciar los medios de ganárſelo á ſu favor. Necio orgullo es en un joven querer hacerſe ſuperior á la opinión pública y tener en poco ſus fallos. El ſabio lo entiende mejor, porque conoce el objeto que ſe propone, y como quiere conſeguirlo, no deja piedra por mover para llegar á ſu fin. El del médico es curar, y cuantas más ocasiones encuentra de ejercer ſu arte, más ſe acercará al fin benéfico que le inspira. Como el requisito principal para practicar mucho la medicina, es la buena fama, todo facultativo ſensato reputará por primera obligación ſuya el adquirirla y conſervarla.

Es verdad que un talento superior ó una feliz casualidad pueden en cierto modo violentar la opinión y acreditar á un profesor contra la voz general; pero estas son excepciones muy raras. El joven prudente debe inclinar poco á poco al público á su favor, para que todos deseen confiarle su más precioso tesoro, que es la vida y la salud.

Los medios de conquistar esta confianza son, además, del cuidado que el enfermo reclama, la firmeza en los principios, la vida arreglada, la modestia, la circunspección en todas las acciones y palabras, el tacto en la elección de las sociedades que se frecuenten, y el evitar toda apariencia que pueda perjudicar á la buena reputación. El médico que empieza su carrera, debe pensar que todos le observan con más atención que á cualquiera otra persona, porque como pertenece á todas las clases de la sociedad, todas tienen interés en conocer bien al que ha de disponer algún día de su vida, y se creen con derecho para juzgarle.

El facultativo no debe pertenecer á ningún partido, porque la *popularidad* es su elemento y la libertad de pensar su más noble prerogativa. Guárdese pues de seguir ninguna bandera política, ni de formar relaciones que le obliguen á ello: su mayor fortuna consiste en que la misma profesión que ejerce, le impide inclinarse más á una fracción que á otra de la sociedad en que vive, por cuanto á todas, como que están compuestas de hombres, ha de dispensar con igualdad sus desvelos.

No deja de ser muy provechoso que el médico difunda en sus conversaciones ó escritos algunas ideas exactas sobre la conservación de la salud y la cura racional de las enfermedades, combatiendo las preocupaciones y fomentando las instituciones que mejoren el estado sanitario general. Este es uno de los caminos más rectos para hacer bien, darse á conocer entre las gentes y establecer su reputación adquiriendo la confianza pública. Con todo es necesario que guarde mucha circunspección al combatir preocupaciones envejecidas y costumbres muy arraigadas, porque la acrimonia excesiva puede ofender al pueblo y excitar su odio sin conseguir su enmienda.

El carácter satírico ó el chistoso son calidades muy peligrosas por lo común en los médicos jóvenes. A ninguno perjudican tanto como al hombre, ante quien las gentes se ven obligadas á manifestarse en toda su desnudez, revelando debilidades ó secretos que no debe saber otra persona en el mundo, porque casi todos los enfermos preferirán franquearse más bien á un profesor callado, aunque de medianas luces, que exponerse á las chanzas de uno sobresaliente y burlón. ¡Cuántos por un solo chiste se han granjeado enemigos irreconciliables! porque los hombres perdonan más facilmente una ofensa verdadera, que el verse hechos objeto de burla y escarnio.

La *discreción* es también una de las dotes más preciosas en el médico, por cuanto su arte le constituye depositario de los se-

cretos más íntimos como á un confesor; y tiene en su poder la suerte, no sólo de individuos, sino de familias enteras, por manera que sería el último grado de bajeza revelar lo que se le confía, ó abusar de su encargo por especulación. Para evitar pues la menor sombra de sospecha en semejante punto, debe acostumbrarse á no hablar sino lo preciso con los enfermos, responder vagamente á las preguntas que sobre ellos se le hacen, y no entrar jamás en ningún pormenor que toque á las interioridades de la vida doméstica.

Es absolutamente necesario que el médico huya del juego, de las bebidas y de la disolución, porque estos tres vicios están en guerra abierta con su facultad, y le robarán para siempre la confianza del público. Un facultativo jugador no puede interesarse por los enfermos; el que sea dado á los licores, jamás tendrá clara y despejada la cabeza, y el que se entrega á los placeres por fuerza ha de carecer de la pureza y solidez de carácter que tanto necesita el ejercicio de la profesión.

Dedúcese de lo dicho la conveniencia de que el médico sea casado y viva bien con su mujer, pues así se ganará mucho más la confianza, en especial la del bello sexo, y se verá libre de las sospechas y suposiciones que no podría evitar siendo soltero ó mal esposo.

Finalmente es necesario evitar todo lo que tenga asomos de avaricia, porque este vicio envilece al profesor y á la ciencia, ahuyenta á las gentes de pocos medios y se opone á la buena fama, la cual vale más sin disputa que todas las riquezas.



III. ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CONDUCTA DEL MÉDICO CON SUS COMPAÑEROS.

Las relaciones con éstos son de dos especies; unas generales, y otras particulares respectivamente á los enfermos.

En cuanto á las primeras, deben fundarse sobre la base del recíproco aprecio, ó al menos de la tolerancia. No hay cosa más difícil que juzgar á los demás, señaladamente en lo que concierne á la medicina; y si cuesta trabajo perdonar al público, cuando se mete á censurar las operaciones de los facultativos, ¿cuánto más extraño debe parecer que ellos mismos, que conocen las dificultades de su profesión, se encarnicen contra sus compañeros, los insulten, los desprecien y traten de acreditarse deprimiéndolos?

¡Ojalá pueda yo inculcar en el corazón de mis compañeros, tan profundamente como lo está en el mío, la verdad de que *el médico que habla mal de otro, envilece el arte y se envilece á sí mismo!* Cuántos más defectos ve el público en los facultativos y cuánto más despreciables se le hacen, más rebaja el concepto que se forma de la medicina; y como esta falta de confianza en el arte recae en los que la ejercen, resulta que no sienten menos las

consecuencias el que ha denigrado á sus compañeros, que los mismos que han sido objeto de su censura. Algo más respetaría la malignidad pública á los médicos, si éstos no se desacreditasen mutuamente, ni dieran márgen á las habladurías de los demás. Debemos también suponer tanto egoísmo como falta de buen seso en el que procura levantar el edificio de su fama sobre las ruinas de la ajena.

Además semejante conducta se opone á los principios de la moral y de la religión, que nos mandan excusar y no revelar las faltas de los otros. El médico que habla mal de un compañero suyo, pierde en el concepto de las gentes sensatas mucho más que el mismo de quien murmura, porque una mala acción es peor que una mala cura.

Por último esos críticos tan poco indulgentes no deberían olvidar, que *serán medidos algún día con la misma medida que usaren con los demás.* El que trata á su prójimo con arrogancia y dureza, debe esperar que se le haga la justicia de tratarle de igual manera.

La modestia en las palabras y en los modales es un adorno en todos los hombres, especialmente en los facultativos jóvenes, proporciona amigos entre los colegas, ofrece ocasiones de instruirse, y contribuye por lo mismo á perfeccionarse y adelantar en la carrera.

Debemos confesar que todavía no ha llegado la facultad á tal punto de certeza, que pueda fallarse sin apelación acerca de todos los métodos curativos; y como no existe un código que esté legal y universalmente reconocido, cada cual tiene libertad para considerar á su albedrío el organismo y para escoger los medios de curarlo, con tal que no repugnen á la razón ni á la experiencia. Nadie negará que en la práctica se puede llegar al término por diferentes caminos, y que las diversas contradicciones de los planos terapéuticos se explican muy facilmente por las relaciones del organismo; pues la naturaleza no se ha encerrado en los estrechos límites de nuestros sistemas, y de otra manera no hubiera tenido buen éxito y fortuna tantas teorías como se han aplicado sucesivamente. En suma los resultados que suministra la experiencia, son las únicas verdades que posee la medicina, y cuanto más tiempo y atención emplea el profesor en observar el influjo que tienen en el cuerpo humano los agentes exteriores, particularmente los terapéuticos, más merece el nombre de *excelente práctico.* Cada cual tiene según esto derecho á seguir un sistema y un modo especial de juzgar los hechos, y los jóvenes pueden creerse afortunados por haber bebido las doctrinas más recientes y completas; pero que ninguno se imagine poseer él solo la verdad, sino que respete las opiniones de los otros, en particular las de los profesores experimentados, sin perder de vista que todavía no han pasado del primer escalón de la ciencia los que se figuran haber llegado á su término, y que empezar á dudar y á

reconocer que se ignora mucho, es la señal positiva de que se ha entrado en el camino del saber.

El médico joven debe respetar en el de más edad la madurez de la experiencia, el ojo profundo y ejercitado, la extensión y solidez de los conocimientos, la habilidad de distinguir lo que verdaderamente importa, de lo que no tiene valor alguno; el tacto práctico que sólo el hábito puede dar; el arte de aplicar los principios generales á cada caso particular, individualizando hasta las más pequeñas circunstancias; el conocimiento de las agentes medicinales y de sus propiedades específicas, y por último el talento de escoger en todas ocasiones el tiempo, el lugar y la medida que más convienen. Procure pues ganar su confianza y amistad, pedirle consejo en los casos difíciles y aprovechar de su trato, porque no solamente se instruirá, sino que además tendrá en él un apoyo; lo cual puede servir mucho al que empieza á ejercer la facultad.

El práctico maduro debe por su parte apreciar en el concollega joven la frescura y pureza del ojo médico, su manera de estudiar la naturaleza y el arte, el ansia de saber, el amor ardiente de la verdad, la aplicación, los buenos deseos y la educación sistemática. Jamás ha de olvidar que él tuvo que pasar por los mismos trámites, y que mil obstáculos entorpecieron sus pasos; por cuya razón debe acogerle con benevolencia paternal, franquearle con buena voluntad el tesoro de su experiencia, advertirle cariñosamente y en secreto sus faltas, escuchándolas ante el público, y mostrarse en fin circunspecto y humano en las consultas porque en tales casos las palabras del hombre de canas pueden establecer para siempre la reputación del principiante.

Está reconocido que en medicina la más leve circunstancia cambia de todo punto el estado y significación de las cosas, de manera que no podemos absolutamente juzgar de la conducta de cualquier facultativo, si no hemos presenciado el caso y recogido informes exactos de todas las particularidades. De aquí se sigue que el médico que forma un juicio poco ventajoso de otro compañero, da prueba de corto saber ó de mal corazón, pues el hombre honrado debe siempre negarse á dar su dictamen, aun cuando se lo pidan, alegando que no puede aventurarlo por carecer de los datos necesarios; y si le falta este recurso, debe explicar las circunstancias de un modo favorable á su colega; que es la manera de honrar al arte y á sí mismo.

Al tratar de las relaciones particulares de los médicos, que son las que ellos tienen entre sí tocante á los enfermos, ocurre hablar ante todo de las consultas.

Aunque estas pueden ser ventajosas en general, es muy problemática su utilidad, cuando se reúnen muchos facultativos, porque si concuerdan las opiniones, no hay necesidad de conocer las de tantas personas; y si difieren, cuanto mayor es su número, mayor confusión resulta en el arreglo del plan curativo.

Por otra parte suelen influir en gran manera las pasiones y las miras personales, y se disminuye mucho el interés que inspiran el paciente y su curación, cuando se halla repartido entre varios profesores, por muy hábiles que los supongamos. Sin embargo hay casos en que las consultas pueden ser útiles y hasta necesarias, como cuando la enfermedad es tan rebelde y complicada, que no sabe ya que hacer el médico de cabecera; cuando el enfermo pierde la confianza que en él tenía; cuando ofrece una gran responsabilidad la curación, y por último siempre que el caso es tan extraordinario que el físico no se atreve á fiarse en sus propias luces.

Para que sea provechosa una consulta, debe reunir varias condiciones que enumeraremos por su orden.

En primer lugar no ha de componerse de muchos facultativos, pues bastan dos ó tres, que no tengan enemistad entre sí, ni sean obstinados partidarios de ninguna secta *á priori* sino que posean una larga experiencia y el talento de penetrarse bien de las ideas de los demás.

El asunto de la discusión debe ser el diagnóstico, con el examen de las causas y naturaleza de la dolencia, y luego el plan curativo, cuya ejecución ha de encargarse indispensablemente al médico de cabecera.

El objeto principal en que deben fijarse la mira los profesores que asistan á una consulta, ha de ser el bien del enfermo, y para alcanzarlo reúnen sus esfuerzos desentendiéndose de cuanto les sea personal. Si todos los facultativos se hallasen penetrados de semejantes sentimientos, nunca habría altercados ni escenas escandalosas, y siempre serían las consultas provechosas; pero lo que regularmente sucede, es que los facultativos se juntan para lucir cada uno su saber, para dar explicaciones equívocas del plan seguido por el médico ordinario, y para sostener con empeño sus opiniones respectivas, en vez de modificarlas en vista de las emitidas por los otros.

El enfermo nunca debe hallarse presente á la consulta, y basta sólo comunicarle el resultado en cuanto pueda saberlo, pues sería poco noble y muy cruel darle á entender, que no se aprueba el plan terapéutico que hasta entonces se ha guardado.

Durante la junta cada uno debe exponer su opinión con modestia, especificando los motivos en que la funda; y si hay divergencia, es necesario que cada cual procure darse á entender con claridad, sin pedantería ni obstinación, y que se penetre de las ideas de los demás, ya para abazarles si conviene, ya para inculcarles mejor su dictamen. Muchas veces sucede, y en el día es muy común, que la falta de conformidad no depende sino de la diferencia de lenguaje, y basta para hermanar los pareceres, traducirlos al modo de hablar de los otros. Si alguno de los consultores manifiesta tener una idea predilecta, ó algún remedio favorito, puede admitirse, como no haya inconveniente, pues al paso que de esta

manera le acreditamos no estar encaprichados en nuestro parecer, le predisponemos á que se avenga con el nuestro en el punto principal. Cuando no se pueden conciliar las ideas ni llegar á sentar las bases del plan curativo, el único recurso que queda, estriba en la decisión del enfermo, y á el es á quien pertenece entonces señalar el facultativo que más confianza le merece, y cuyo método quiere que se siga.

Es muy mala la costumbre que tienen algunos enfermos de consultar sus dolencias con otros médicos además del que los asiste, y muy digna de censura la de ciertos facultativos que se aprovechan de esta coyuntura, para inspirar desconfianza contra el médico de cabecera, con el fin de desbancarle. El hombre de bien jamás obra de esta manera, pues lejos de tratar de ganarse tales parroquianos, les hará conocer su indiscreción, manifestándoles que no puede formar ningún juicio ni aventurar consejo alguno, sin entenderse con el facultativo de cabecera y conocer el plan que ha adoptado. No es tan indiferente como se cree, el emitir una opinión general sobre la naturaleza y la curación de cualquier dolencia, porque con aquella se puede, aun sin mala intención, sembrar la duda y la desconfianza en el paciente, y suscitar obstáculos ó sinsabores á su médico. Sin embargo, si vemos que este sigue un método desacertado y perjudicial, el interés de la humanidad debe imponer silencio á cualquier otra consideración. Entonces es ya indispensable llenar una obligación imperiosa, pues si la vida se halla en peligro, tenemos que seguir sin vacilar los impulsos de nuestra conciencia, de lo que ningún médico sensato puede ofenderse; mas si el riesgo no es muy urgente, propondremos una consulta, y en caso de que el enfermo la rehuse por razones particulares, nos veremos precisados á abocarnos, sin que él lo sepa, con el facultativo que le visita, para exponerle nuestro parecer. Tal es el modo de conciliar los deberes que reclaman los enfermos, con los que debemos guardar respecto de nuestros compañeros de profesión, haciéndonos útiles á los unos sin perjudicar á los otros.

Cuando el paciente pierde la confianza que tenía en su médico y está decidido á depositarla en otro, ni ha de negarse este, ni ofenderse aquel, porque la opinión individual es libre y merece respeto. Lo que importa es que por una y otra parte haya igual franqueza y consideración, como debe haberla entre los hombres bien educados.

Siempre que un enfermo deja un facultativo para buscar otro, procura justificar su conducta murmurando, con razón ó sin ella, del primero; y desgraciadamente casi todos los médicos tienen la mala política de adherirse á sus relatos, para condenar el plan curativo que se ha seguido. Pero no es esta la conducta que corresponde á un profesor de probidad, quien al momento conoce que sería muy indecoroso respecto á su colega, y cruel para con el paciente en razón á que se afligiría, no sólo porque se

hubiese perdido en vano el tiempo y el trabajo de la cura, sino porque creería que su dolencia se habría agravado en gran manera, ó que talvez se había ya hecho incurable. Parece imposible que haya un hombre que pueda con semejantes indiscreciones ó por malignidad llenar á sangre fría de amargura los últimos momentos del que padece; y cuando no por guardar buena armonía con nuestros compañeros, estamos todos obligados, por humanidad y por el bien del mismo enfermo, á no desaprobarnos nunca la conducta del facultativo anterior, pretextando otras razones, para que el doliente atribuya á ellas el no haber experimentado hasta entonces ninguna mejoría.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL